



DISCURSO DEL DOCTOR BERNARDO A. HOUSSAY

El doctor Lucio Vicente López, que lleva con distinción un nombre prócer, ha demostrado en su bello discurso que su talento y su generosidad pueden transformar en oro todo lo que tocan. La voz de su amistad me ha presentado con tales méritos que ha despertado en mí el deseo, difícil de realizar, de acercarme a ellos. Deseo manifestarle cuán profundo es mi reconocimiento por su bondad y su generosidad.

Los hombres dedicados a cultivar las ciencias experimentales prefieren la tranquilidad de los laboratorios al brillo de las fiestas y a las exteriorizaciones públicas. Por participar de esa tendencia y porque conozco la modestia de mis merecimientos, procuré disuadir a los organizadores de que llevaran a cabo este acto brillante. Pero tuve que ceder a las razones e instancias de distinguidos amigos, a los que estoy especialmente obligado porque en horas difíciles de mi vida me han otorgado grande ayuda y extraordinaria prueba de confianza.

* Discurso del Dr. Bernardo A. Houssay en el homenaje por su Doctorado Honoris causa de la Universidad de Oxford, 20 septiembre 1947.

Estimo a esta magnífica demostración como un gran honor y una prueba de amistad que compromete profundamente mi gratitud. Además porque me permite expresar públicamente mi admiración, respeto y reconocimiento a la Universidad de Oxford, la Royal Society y la Universidad del Brasil, ilustres y venerables instituciones que me han hecho la extraordinaria distinción de incorporarme a su seno.

Estos honores sobrepasan a mi modesta persona y están destinados a honrar la obra de investigación científica original que, desde hace años, cumplen abnegadamente y con verdadera consagración muchos argentinos que sirven a su patria y a la humanidad con máxima devoción espiritual y moral. Ellos están dedicados a una labor absorbente, llena de dificultades y no siempre reconocida, sólo movidos por nobles ideales y esperanzas y aspirando a un futuro cada vez mejor de nuestra patria.

Mis discípulos han dado en el país los más altos ejemplos de elevación moral y lealtad; han sido los primeros en practicar la dedicación exclusiva a la cátedra, han formado escuelas que han realizado investigaciones originales, y han inculcado a millares de médicos el espíritu científico y la orientación moderna que han contribuido poderosamente al adelanto de la medicina argentina. Toda una legión

de discípulos y asociados ha trabajado en colaboración con ellos y conmigo, y por eso las distinciones que se me otorgan, por ser el miembro más antiguo del equipo, corresponden en justicia a todos y cada uno de ellos, a nuestra escuela y a nuestro país y no exclusivamente a mi persona.

Muchos hombres de Ciencia de los países de América del Sud o del Norte y de Europa han trabajado en nuestros laboratorios, colaborando con nosotros, dando y recibiendo enseñanzas y estímulos, y realizando investigaciones originales. A ellos también alcanzan los homenajes que se me han discernido y la magnífica fiesta de hoy.

Para que se cumplan nuestros propósitos de desarrollar las ciencias en nuestro país es conveniente que nos inspiremos en los ejemplos que nos brindan las más grandes instituciones universitarias y científicas del mundo, entre las cuales brilla la Universidad de Oxford como una estrella de primera magnitud.

En los colegios de esa centenaria Universidad, algunos de los cuales datan del siglo XII, se respira una atmósfera de tradición, libertad y progreso y se forman espíritus superiores que han contribuido a cimentar la gloria y la grandeza de Inglaterra y han señalado rumbos a la Humanidad.

Sus edificios góticos conservan todavía un aspecto

medieval casi monástico y en sus ámbitos tranquilos resuenan cada cuarto de hora las campanas de más de veinte colegios.

Los actos académicos se celebran con el mismo ritual desde hace siglos. Cruza las calles antiguas o modernas la procesión precedida por bedeles en uniforme y con mazas de plata, siguen el vice cancelario y los miembros de los Consejos Universitarios y cierran el cortejo los nuevos doctorados. Todos llevan las togas y birretes correspondientes a su grado.

Al llegar al Sheldonian Theatre el público se pone de pie hasta que el canciller lo invita a sentarse. Un galano orador presenta a cada candidato en un bello y elegante discurso en latín con citas de Cicerón, Lucrecio, Plinio u Ovidio. El recipiendario se adelanta unos pasos y, no habiendo objeción de los doctores presentes, el canciller le dirige un corto discurso de saludo y bienvenida en latín y le comunica que lo acepta. Luego en locales llenos de historia se firman libros venerables en que están registrados muchos nombres ilustres.

El culto a la tradición es respeto del pasado y es estímulo del presente. En el comedor de cada Colegio de Oxford los alumnos contemplan diariamente, en las paredes los retratos o en las vidrieras los escudos de sus antiguos alumnos que fueron

hombres célebres y gloriosos de Inglaterra; y esa contemplación es una emulación constante que incita a imitarlos o sobrepasarlos.

El acto de firmar el libro de la Royal Society en Burlington House, en presencia del presidente, constituye la incorporación oficial de sus miembros ya elegidos. La ceremonia es sencilla, pero cuando se hojea el libro y se hallan las firmas de Boyle, Hooke, Wren, Newton, Davy, Faraday, Herschell, Starling, Sherrington, Rutheford, Florey y centenares de sabios ilustres, es imposible no sentir una profunda emoción al incorporarse a esa nómina venerable.

El respeto a la tradición y a los hombres gloriosos es prueba de solidez de un país y un signo de su fuerza y estabilidad; es además clara muestra de la superioridad moral e intelectual de sus hijos. La negación de los grandes valores humanos nacionales es signo de inferioridad y suele verse solamente en épocas de decadencia o confusión.

Toda civilización se basa en la continuidad y en la evolución. La civilización occidental, a la que pertenecemos, debe su persistencia y plasticidad a que supo transmitir todos los descubrimientos y adelantos de las antiguas civilizaciones y después de madurada en Grecia y Roma y ser perfeccionada desde el Renacimiento en todo Europa, se ha pro-

pagado y florece hoy, cada vez más rica y progresista, en todo el mundo y en especial en las tierras de América.

La tradición bien entendida no excluye al progreso y por el contrario lo estimula. Así a pocos centenares de metros de los colegios de aspecto medioeval, de la Bodleian Library, Saint Mary, la Radcliffe Camera y el Sheldonian Theatre, están los laboratorios donde se descubrió la penicilina y se revelaron secretos de la circulación renal y fetal y donde el estudio de los reflejos revolucionó toda la Fisiología y Patología del Sistema Nervioso.

Las Universidades inglesas educan el carácter y por eso forman verdaderos hombres. Sus graduados son *gentlemen*, corteses, reservados, saben refrenar la exagerada expresión de las emociones y no se dejan llevar por impulsos primitivos. Tienen el culto de la verdad y el horror de la mentira. Son modestos porque conocen las limitaciones humanas, pero al mismo tiempo tienen decisión y confían en la acción reflexiva y tenaz.

En la raíz de toda vida universitaria de calidad superior está el respeto profundo a la libertad individual, la cual es una condición ineludible para el florecimiento espiritual. La Ciencia necesita la más amplia libertad y toda limitación de la misma lleva al estancamiento y a la esterilidad.

Hace poco el gobierno inglés ofreció grandes subsidios pecuniarios a las Universidades. Pero éstas no se manifestaron dispuestas a aceptarlos si no se conservaba íntegra su libertad e independencia.

Se proyectó aumentar el número de las escuelas de Ciencias en Inglaterra, pero los Comités constituidos para estudiar el punto llegaron a la conclusión de que no debía crearse ninguna cátedra nueva hasta que existieran profesores sobresalientes para dirigirlos. Se decidió estimular la formación de muchos jóvenes investigadores y que entre ellos se fueran eligiendo los profesores aptos para crear las escuelas. Se pensó con razón que el porvenir de las generaciones futuras y la fuerza de una nación dependen de la calidad intelectual y el nivel moral de los profesores. Hombres de tercera clase no forman hombres de primera clase. Por eso se deben elegir con cuidado los profesores y es preciso respetarlos porque son el principal capital y el decoro de una nación.

Los resultados que se han obtenido mediante la investigación científica en el campo de la Medicina experimental son tan numerosos y extraordinarios que con toda razón pueden calificarse de portentosos. Así en 40 años la vida media del hombre pasó de 40 a 65 años. Se ha producido una enorme reducción de la mortalidad general y en especial la

infantil y la provocada por enfermedades infecciosas. El descubrimiento de la asepsia y antisepsia permitió el desarrollo de la cirugía. La Higiene ha podido obtener triunfos notables y es una base de la organización social.

En las guerras, la mortalidad por heridas en el siglo pasado era superior al 50 %; fué de 9 a 12 % en la contienda de 1914-1918 y menos de 3 % en la más reciente. La mortalidad comparada de la primera con la segunda guerra mundial muestra descensos impresionantes; así por enfermedades bajó en el ejército norteamericano de 14,1 ‰ a 0,6 ‰; por neumonía del 24 % a menos del 1 %; por disentería de 10-20 % a menos de 0,5 %. En las infecciones puerperales por estreptococo hemolítico bajó de 10-20 % a 0,5 %.

Todo esto se debe a la investigación científica, que nos ha dado la quimioterapia, antibióticos como la penicilina y otros, antimaláricos, arsenicales, bismúticos, antimoniales, parasiticidas e insecticidas. Se vislumbra la posibilidad de hacer desaparecer algunas enfermedades. En las naciones más civilizadas se pueden evitar las epidemias de cólera, fiebre amarilla, tifo exantemático, peste, viruela y otras que antes, varias veces en cada siglo, azotaban al mundo.

Se ha mejorado enormemente la nutrición hu-

mana y en este terreno pueden esperarse aún sorprendentes resultados. Se han aislado y sintetizado vitaminas y hormonas. Con la insulina los diabéticos viven tanto como el resto de la población. Pueden mantenerse en vida los afectados de anemia perniciosa y de enfermedad de Addison. Se han descubierto vacunas y sueros notables, con acciones preventivas o curativas. Se ha perfeccionado considerablemente la transfusión de sangre y de plasma sanguíneo y sus derivados y con ella se salvan millares de vidas.

Sin embargo, es aún inmenso el campo abierto a la investigación. Hay que aclarar mejor el mecanismo de algunas enfermedades para llegar a prevenirlas o curarlas, como ser las del corazón y las arterias, el cáncer, la diabetes, la tuberculosis, las enfermedades debidas a virus, las afecciones hereditarias o degenerativas. Contra ellas debe llevarse a cabo una lucha implacable y salvadora, sin omitir esfuerzos y con iguales recursos y decisión que los empleados en las guerras mortíferas y destructoras.

Pero para conseguir los resultados satisfactorios que se esperan, es necesario comprender que los grandes descubrimientos son la consecuencia de las investigaciones científicas fundamentales desinteresadas, que se realizan sin ninguna preocupación de aplicarlas inmediatamente. Galvani, Volta, Faraday

y Maxwell, Roentgen y los Curie, descubrieron la pila, los motores eléctricos, la teoría electromagnética de que deriva la radio, los rayos X y el radio, realizando estudios científicos sin finalidad aplicada. Pasteur revolucionó la Medicina, la Cirugía y la Higiene, partiendo de estudios sobre la disimetría de los cristales y los fermentos. La penicilina deriva de estudios bacteriológicos sin vistas a aplicaciones posibles.

Sólo adelantará científicamente nuestro país si cultiva las materias científicas fundamentales: matemática, física, química, biología, fisiología, etc. Ellas son las que dan las bases y principios que utilizan luego las ciencias aplicadas y las técnicas. Si las materias fundamentales no son cultivadas se seca la fuente del progreso y se llega a la esterilidad, a pesar de que se gaste mucho dinero.

No hay duda de que el desarrollo de la investigación científica es una de las características principales de la civilización actual. Ella alimenta ininterrumpidamente a las ciencias aplicadas y las tecnologías y es la base de todos los adelantos de la sanidad y de la producción, conservación y aumento de los recursos nacionales, de los que dependen la salud, el bienestar, el nivel de vida y las posibilidades de trabajo. La falta de investigación científica original impide el desarrollo técnico y cultural y por eso sin

ella una nación no es verdaderamente poderosa e independiente.

El cultivo de la investigación es, en los tiempos modernos, el índice más seguro del grado de civilización y del porvenir de un país. La ayuda a la investigación es una necesidad y al mismo tiempo una de las formas más nobles y elevadas de acción social benéfica de jerarquía superior. A ella deben los Estados Unidos en parte principal su potencia técnica, basada en el cultivo de las ciencias fundamentales y una gran capacidad de organizar su aplicación, lo que los ha convertido en la nación más poderosa del mundo.

La investigación depende de la calidad de los hombres que la practican y no del tamaño de los edificios o del número de ladrillos o aparatos. Para obtener buenos rendimientos hay que emplear el dinero primero en formar y sostener hombres capaces, luego en proporcionarles medios de trabajo y sólo en tercer lugar en los edificios necesarios. Los hombres competentes son el verdadero capital de la ciencia, por eso deben formarse cuidadosamente y luego debe ayudarse su labor, y esa es una inversión que a la larga rinde los más grandes beneficios.

Hay que formar hombres de ciencia, pero de calidad superior, porque un hombre de primera clase no vale sólo por dos de segunda o cinco de quinta

clase. Un hombre de primera clase vale por cien o mil de segunda y por diez mil o aun a veces por millones de hombres de quinta clase.

Las instituciones particulares tienen grandes ventajas sobre las oficiales porque no las perturban la política o la burocracia. A ellas se debe el adelanto rápido de las instituciones docentes y científicas de los Estados Unidos en menos de sesenta y cinco años; y una de las razones fundamentales de la grandeza de Oxford es ser una Universidad independiente movida solamente por ideales superiores.

El sueño de los jóvenes más progresistas de nuestro país es la organización de una Universidad privada y autónoma, y es de desear que ese anhelo se cumpla pronto. Pero para alcanzar lo que se espera de ella, deberá ser una Universidad diferente y mejor que las actuales y no inferior o igual a ellas.

Lo fundamental es que tenga profesores de primera clase, dedicados activamente a la investigación científica original y que con su ejemplo y su dirección adiestren a los discípulos en los métodos de trabajo más modernos.

Mientras llegue la anhelada Universidad libre deben crearse laboratorios de investigación en las ciencias fundamentales o aplicadas, destinados a realizar estudios científicos originales y a preparar el plantel de los hombres de Ciencia que necesitará

cada vez más el país, ya sea para enseñar en las Universidades o para servir a la investigación industrial o bien para hacer adelantar las ciencias y elevar el nivel espiritual ambiente.

El empleo inteligente de sumas no excesivas podría permitir que trabajaran entre nosotros muchos hombres capaces dedicados a las Ciencias, que en el momento actual no tienen posiciones oficiales de trabajo en el país o bien algunos que han debido ausentarse temporariamente al extranjero.

Podrían organizarse y costearse pequeños laboratorios especiales consagrados al estudio de un tema o materia especial. Estos laboratorios funcionarían aislados cuando fueran grandes, o bien formarían parte de un instituto ya existente. Estos pequeños laboratorios asociados y correlacionados entre sí constituirían conjuntos vigorosos para el adelanto científico del país. La asociación de los institutos formaría a su vez una institución de investigación original y de perfeccionamiento de estudios, una escuela superior de post-graduados.

En mis viajes recientes, en especial en Inglaterra y los Estados Unidos, he encontrado una gran confianza en el porvenir científico de nuestro país. Esta fe en nosotros se basa en dos razones principales: la primera es la comprobación de la labor cada vez más valiosa que realizan nuestros hombres de cien-

cia, a veces ignorada en el país, pero apreciada en los centros científicos superiores de esas naciones adelantadas.

La segunda razón es la existencia de algunas fundaciones particulares que sostienen laboratorios dedicados a la investigación científica fundamental. Su existencia es mirada en dichos países como una demostración categórica de la madurez ya alcanzada por nuestra patria en las actividades de la inteligencia y de la moral social y como una prueba del adelanto de la Ciencia en la Argentina, que confiere a nuestro país una jerarquía cada vez más alta en el concierto de las naciones civilizadas.

No dudo de que mis compatriotas tendrán interés por fomentar nuestro adelanto científico y estoy convencido de que no tendrán menos fe y esperanza que la mucha que depositan en nosotros los hombres más descollantes de la ciencia mundial.

Soy optimista, aunque sé que la obra es difícil, larga y está erizada de dificultades. No sé si demandará dos, diez, cien o quinientos años para realizarla, pero no dudo que mi patria alcanzará en el terreno de la Ciencia un porvenir brillante, así como en todas las actividades superiores del trabajo, del pensamiento y de la conducta moral, siempre que luchemos todos con el máximo de nuestras fuerzas para conseguirlo.

